

Caras y Caretas 2. VII 22

O.C.
Buenos Aires

HACE ya bastantes años, siendo yo un mozo, se celebró en Bilbao, mi villa natal, una fiesta nocturna que quería representar un paseo de un faraón egipcio por el Nilo. Hizo de Nilo el Nervión o Ibaizabal, ría de Bilbao, y por ella bajaban lentamente, entre iluminaciones y música, unas barcas adornadas a la egipcia — a la egipcia de ópera ¡claro! — con sujetos disfrazados y comparsas faraónicas. La fiesta resultó vistosa y muy del gusto de la gente; tanto que se dió una segunda representación años después. Pero esta vez fué la boda del Dux — otros dicen Dogo o Doge, cuando lo mejor sería llamarle Duque — de Venecia con el Adriático. Hizo de Adriático, como antes había hecho de Nilo, el Nervión, y volvieron a bajar sus aguas abajo las gabarras empavesadas y decoradas entre músicas y luminarias. Y en ambas fiestas hizo de Faraón primero y de Duque de Venecia después un mismo señor, cuya prestancia y buen porte se ceñían a esos papeles. Y le quedó ya el nombre de Faraón.

Era el Faraón de Bilbao un señor Arenal, anciano de arrogante presencia, larga barba blanca y sólido y venerable aspecto, un retirado oficial del ejército, honrado vecino de intachable conducta, pero sin relieve alguno social. Lo cobró por haberse prestado a ejercer aquella representación escénica. El pueblo le agradeció la digna y sencilla condescendencia con que se prestó a dar, con su gracia corporal, realce al festejo. Nadie vió en él un comediante. Se le siguió llamando el Faraón o el Dux y las gentes le saludaban con cariñoso respeto. Y es muy fácil que el señor Arenal, aunque era hombre discreto y sensato, se creyese más de una vez un verdadero faraón; faraón del Nervión. Reinaba, en cierto modo, sobre los espíritus de los que presenciamos la fiesta. Y por lo menos salió de su reinado de unas horas de noche mucho mejor que aquel faraón que pereció en su carro en las aguas del Mar Rojo.

Había por entonces en el mismo Bilbao otro sujeto, un señor Somoza, que teniendo gran parecido con el rey Víctor Manuel de Saboya, el que entró en Roma en 1870, se arreglaba la barba, bigote y patillas al modo tan característico del primer rey de la Italia unida. Y la satisfacción del señor Somoza al observar que alguien se parase — y más si era un italiano — a admirar su notable parecido con el soberano de Italia no era menor, sin duda, que la del señor Arenal cuando se le saludaba como a ex Faraón de Egipto o ex Dux de Venecia. Y creo que el señor Somoza al caracterizarse de aquel modo, haciendo tan al propio de Víctor Manuel, rendía un servicio estético y artístico a la villa en que vivía. Y a la vez molestaba a los carlistas que bufaban contra aquel a quien llamaban el «carcelero del Papa».

Allá por el año 1880, cuando fui a estudiar a Madrid, había en esta villa y corte un pobre sujeto,

tranquilo e inofensivo, que gozaba del don — divina dádiva providencial — de un notable parecido físico con don Emilio Castelar, el gran tribuno. Se dejaba el bigote como éste y se paseaba por la Castellana, cuidando no coincidir en las horas de paseo del tribuno, con el porte, airo y tono de él. Y había que ver la satisfacción con que contestaba a nuestro saludo cada vez que al cruzar con él nos descubríamos diciéndoie: «¡Adiós, don Emilio!» El falso Castelar nos agradecía la atención más acaso que el Castelar verdadero.



Originales y copias

Por

Miguel de Unamuno

Aunque ¿cual era el verdadero y cual el falso? Por mi parte creo que era mayor el mérito del falso Castelar en parecerse físicamente al tribuno que el mérito de éste en parecerse a aquél. Castelar, el tribuno, llegó a su prestigio por su propio esfuerzo mientras que el otro debía el suyo a don gratuito, a merced del Creador. Era su mérito como el de una mujer que nace hermosa sin haber hecho por su parte nada para ello. Y es muy de creer y sentir que esos socios los suscita Dios con algún fin providencial y misterioso.

Yo no sé si Castelar, el tribuno, estuvo siempre satisfecho de ser el que era o el que se hizo. Lo dudo mucho. Y lo dudo porque no hay hombre inteligente — y Castelar lo era en sumo grado y hasta de un modo genial — que no se entristezca alguna vez de ser el que es y no de otro modo y que no repita lo de Rubén Darío de: «el que pude haber sido...» Pero no me cabe duda de que el falso Castelar jamás se arrepintió de parecerse al otro — o de que el otro se le pareciera — y dió siempre gracias a Dios por ello, conformándose con su papel. Como acaso el rey Víctor Manuel sintió alguna vez la pesadumbre de ser quien era y de haber hecho el papel que hizo en la tragicomedia de la historia italiana, pero el señor Somoza de Bilbao no sé que se arrepintiera nunca de parecerse a aquél. Por lo menos no le vi nunca afeitado y hasta creo recordar que ya viejo se teñía su pelo y la barba, bigote y patillas victormanualescos.

Y surge un problema de estética: ¿quién era el original y quién la copia? Problema que se enlaza con el de la predestinación y la gracia divinas.

Porque Dios, previendo desde su eternidad la corderina resignación del falso Castelar, le premió dándole aquel parecido con el tribuno que había de hacer la felicidad de su inocentísima vida. Y hoy acaso el falso Castelar ruega en la Gloria porque salga del Purgatorio el verdadero. La supuesta copia redime al supuesto original.

Miguel de Unamuno



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CREDOS.USAL.ES

Caras y Caretas. Buenos Aires (R.A.) 2 diciembre 1922